Cenizas al viento

El Génesis irrumpe con la creación de la luz. Y el Apocalipsis cierra el texto bíblico con el “Maranatha”, “Ven Señor Jesús”. Cientos de años entre uno y otro para describirnos la caminada de humanidad en forcejeo dialéctico entre luz y tinieblas, frustraciones y esperanzas, fuego y pasión. Y una luz orientadora que apunta siempre al horizonte calcinando asperezas, egoísmos: Jesucristo.

Se puede rechazar la luz. Se le puede ignorar. Hasta se le puede enterrar. Pero queda el rescoldo, las cenizas calientes que delatan el calor alimentado con el viento y el crujir de la leña que se resiste a la tentación del olvido. Jeremías como Profeta es este tronco calcinado que le dice a su pueblo su pecado en denuncia cada vez más fuerte sin que puedan ahogar su conciencia.

Hebreos delata nuestra cobardía: “Hasta ahora no han derramado una gota de sangre a causa de su fe”. Es una fe sin confrontación, como cenizas al viento, sin luz, sin fuego, sin calor, sin testimonio. El día de nuestro bautismo nos entregaron la luz. Nos convirtieron en testigos de la luz, hijos e hijas de la luz. Luz que se fue prendiendo en cada sacramento para darle continuidad a nuestra vocación iluminada de la fe.

Y Jesús atiza la candela cuando dice que “ha venido a prender fuego y quiere que arda” sin apagarse hasta la consumación de la historia. Quiere que ya esté ardiendo. Que no sea mero deseo, sino orden. Es fuego incontenible que abrasa corazones, ideologías, sistemas, instituciones. Y lo contagia todo. Sin poderlo detener. Solo la mediocridad o pasividad de quienes hemos prendido nuestra vida en la suya, puede convertirlo en cenizas que se lleva el viento.

Cochabamba 18.07.13

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com